SUMARIO

ADMINISTRACIÓN

Atocha, 127, duplicado, 3.º, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, por un año............. 5 pesetas al año.
Extranjero y Ultramar id................. 8 » al año.
Número suelto............................ 0,50 »

Coleccion de los 12 números del año 1893..................... 6 pesetas.
Id. de íd. íd. íd. 1894..................... 6 íd.
Id. de íd. íd. íd. 1895..................... 8 íd.
Id. de íd. íd. íd. 1896..................... 8 íd.

ΣΟΦΙΑ

REVISTA TEOSÓFICA

SATYAT NÂSTI PÂRO DHARMAH

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista; siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

El Devachan

Quinto subplano. — La principal cualidad característica de este nivel, puede definirse por la devoción que se expresa por obras. En este subplano el cristiano, por ejemplo, en lugar de adorar simplemente á su Salvador, se imagina lanzándose al mundo á trabajar por él: es especialmente el plano para llevar á efecto los grandes planes y designios no realizados en la tierra, grandes organizaciones inspiradas en la devoción religiosa, y que comúnmente tienen por objeto algún fin filantrópico. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que á medida que nos elevamos, existe una complejidad y diversidad mayores; de modo que aun cuando se pueda todavía presentar una cualidad característica dominando generalmente en el plano, se encuentran, sin embargo, variaciones y excepciones que entran en la denominación general.

Un caso típico, aunque algún tanto por encima del término medio, era el de un hombre á quien se vió poniendo en práctica un gran plan para el mejoramiento del estado de las clases inferiores; pero al paso que era un hombre profundamente religioso, había conocido que lo primero que había que hacer para llevar á cabo su proyecto, era mejorar las condiciones físicas de aquellas gentes, y el proyecto que estaba realizando con éxito triunfante y con solícita atención en todos los detalles, era uno que se le había ocurrido muchas veces cuando se encontraba en la tierra, aun cuando nada había podido hacer en ella para su realización. Su idea había

sido, que si hubiera tenido una inmensa fortuna, se hubiera hecho dueño absoluto de uno de los pequeños comercios, quizás acaparado tan sólo por tres ó cuatro grandes empresas, llevando luego á cabo grandes economías con la supresión de los anuncios, de la competencia y otras formas dispendiosas de la rivalidad comercial, pudiendo así, sin rebajar el precio de los artículos, pagar salarios mucho más crecidos á sus obreros. Era parte del plan comprar un terreno y edificar en él casas para los obreros, rodeada cada una de un pequeño jardín, y después de cierto número de años de servicio, cada obrero llegaría á tener una participación en las utilidades del negocio, muy suficiente para cubrir sus necesidades en la vejez. Al llevar á efecto este sistema, esta entidad devachánica esperaba demostrar al mundo que había en el Cristianismo un aspecto eminentemente práctico, así como también atraer las almas de sus obreros á su propia creencia, por gratitud, en vista de los beneficios materiales que habían recibido.

Un caso por el estilo era el de un príncipe indio, cuyo ideal en la tierra había sido Râma, en cuyo ejemplo había tratado de modelar su vida y sistema de gobierno. Naturalmente, aquí abajo tropezó con las mayores dificultades, y muchos de sus planes fracasaron; pero en el Devachán todo marchaba bien, y los más magníficos resultados seguían á cada uno de sus bien intencionados esfuerzos — Râma, por supuesto, aconsejaba y dirigía su obra recibiendo perpetua adoración de sus fieles súbditos.

Un ejemplo curioso y conmovedor de trabajo personal religioso, era el de una mujer que había sido monja de una orden, no del género contemplativo, sino del trabajador. Evidentemente había basado su vida en el texto: «todo lo que hagas por el más humilde de estos mis hermanos, lo haces por mí;» y ahora en el Devachán se hallaba todavía poniendo en práctica en todo su vigor los preceptos de su Dios, y se ocupaba constantemente en curar al enfermo, en dar de comer al hambriento y en vestir y socorrer al pobre, siendo lo peculiar del caso, que cada uno de los que atendía, tomaba inmediatamente la apariencia del Cristo, á quien entonces adoraba con devoción ferviente.

Un caso instructivo era el de dos hermanas que habían sido profundamente religiosas; una de ellas había sido tullida, y la otra había empleado su larga vida en cuidarla. En la tierra habían proyectado y discutido muchas veces las obras religiosas y filantrópicas que hubieran realizado si hubiesen podido, y ahora, en el Devachán, cada una de ellas es la figura prominente de la otra; la tullida se encuentra buena y fuerte, y cada cual

se imagina á la otra como uniéndose á ella para llevar á cabo los deseos no realizados de su vida terrestre, observándose en este caso, que las imágenes que mutuamente tenían en el Devachán una de otra, eran hasta cierto punto vívidas y reales.

En este plano también se manifiesta la actividad del misionero desinteresado y lleno de abnegación; por supuesto, el fanático, ignorante y vulgar nunca alcanza este nivel, pues sólo algunos de los más nobles, tales como Livingstone, se encuentran allí entregados á la ocupación de convertir á multitud de gente á la religión que profesan. Uno de los casos que se observaron fué el de un mahometano, que se imaginaba trabajando en la conversión del mundo y de su gobierno con arreglo á los principios culminantes de la religión del Islam.

Parece también que en ciertas condiciones, las facultades artísticas pueden igualmente traer á este subplano á sus poseedores; pero en este punto hay que hacer una diferencia muy importante. El artista ó el músico cuyo único objetivo es el sentimiento egoísta de la fama personal, ó que se deja dominar por el espíritu de la rivalidad profesional, no engendra fuerzas que lo atraigan al plano devachánico; por otra parte esos tipos más grandiosos del arte cuyos discípulos los consideran con poderes vigorosos que se les ha confiado para la elevación espiritual de sus semejantes, se encuentran en una región aún más elevada que ésta. Pero entre estos dos extremos, pueden, en algunos casos, encontrar en este subplano su Devachán apropiado esos devotos del arte que lo cultivan por el arte mismo, ó lo consideran como una ofrenda á su divinidad, sin pensar nunca en sus efectos sobre sus semejantes. Como ejemplo puede citarse un músico de temperamento en extremo religioso, que consideraba sus composiciones simplemente como ofrendas á Cristo; composiciones que eran en sí muy hermosas y producían magníficas armonías de sonidos y colores en la materia de aquella subdivisión; y el resultado de esto sería, ciertamente, aumentar su devoción y capacidad musical en su próximo nacimiento; pero sin la aspiración más elevada de ayudar á la Humanidad, esta clase de Devachán podría repetirse casi indefinidamente. En verdad, echando una ojeada á los tres planos de que hemos venido tratando, se observará que todos los casos descritos se refieren á la devoción á personalidades, ya sea á los amigos, á la familia, ó á una deidad personal, más bien que á la devoción más transcendental de la Humanidad por sí misma, la cual encuentra su expresión en el siguiente subplano.

Cuarto Subplano. — Son tan diversas las actividades de este nivel, el más elevado de los rûpa, que es muy difícil agruparlas bajo una simple cualidad característica. Quizás sería más acertado ordenarlas en cuatro divisiones principales; á saber, empeño desinteresado en adquirir conocimientos espirituales, pensamiento filosófico ó científico elevado, habilidad literaria ó artística dirigida á fines desinteresados, y el hacer bien por amor al bien. La exacta definición de cada una de estas clases se comprenderá más fácilmente cuando se presenten algunos ejemplos de cada una de ellas.

Naturalmente, la mayor parte de los pobladores de este subplano sale de aquellas religiones en que se reconoce la necesidad de obtener conocimientos espirituales. Se recordará que en el sexto subplano encontramos muchos buddhistas cuya religiosidad había tomado principalmente la forma de la devoción hacia su gran director como personalidad; aquí, por el contrario, tenemos aquellos sectarios más inteligentes cuya suprema aspiración era estar á sus pies y aprender: esto es, que lo consideraban como un instructor más bien que como un ser á quien debían adorar. Ahora bien; en su Devachán este deseo más elevado se encuentra cumplido, pues están aprendiendo verdaderamente del Buddha, y la imagen que de él se han formado no es una mera forma vacía, sino que seguramente encierra en ella un rayo que es realmente parte de sí mismo, y por tanto, no hay duda que están adquiriendo nuevos conocimientos y opiniones más amplias, debiendo ser el efecto en su próxima vida de un carácter muy marcado. Por supuesto, no se acordarán de ningún hecho individual que hayan aprendido (aunque cuando tales hechos se les presenten á su imaginación en la próxima vida sentirán y reconocerán intuitivamente su verdad); pero el resultado de las enseñanzas será constituir en el Ego una fuerte tendencia á considerar todos los asuntos desde un punto de vista más amplio y racional. Así, pues, se ve que el Devachán que se goza en esta subdivisión, apresura de un modo muy definido é indudable la evolución del Ego, por lo que nuevamente pueden apreciarse las ventajas que poseen los que tienen en su Devachán la figura de instructores reales, vivos y poderosos.

Un tipo menos avanzado de esta forma de enseñanza se encuentra en los casos en que algún escritor, verdaderamente grande y espiritual, se ha convertido para algún hombre estudioso en una personalidad viva, y ha tomado el aspecto de un amigo, que forma parte de la vida mental de este estudiante: una figura ideál en sus meditaciones. Una personalidad así, puede formar parte del Devachán del discípulo, y por virtud de su mismo Ego, alta-

mente desarrollado, puede vivificar la imagen devachánica de sí misma, y además iluminar las enseñanzas de sus propios libros, poniendo de manifiesto los significados más ocultos.

Muchos de los que siguen el sendero de sabiduría entre los indios, tienen su Devachán en este subplano, esto es, si sus Gurus han sido hombres en posesión de conocimientos *verdaderos*. Algunos de los más avanzados entre los sûfîs y pârsis se hallan igualmente aquí, y todavía se encuentran también algunos de los primeros gnósticos cuyo desarrollo espiritual era tal que les proporcionó una estancia prolongada en esta celestial región; pero exceptuando este número relativamente pequeño de sûfîs y gnósticos, ni el Mahometismo ni el Cristianismo parece que elevan á sus fieles á este nivel, aunque por supuesto, algunos que pertenecen nominalmente á estas religiones, pueden alcanzar este subplano, por la presencia en su carácter de cualidades que no dependen de las enseñanzas peculiares de sus religiones.

En esta región se encuentran también estudiantes celosos del Ocultismo que aún no han avanzado lo suficiente para haber obtenido el derecho y el poder de renunciar al Devachán para bien del Mundo. Entre éstos se hallaba uno que había sido conocido personalmente en vida de algunos de los investigadores, un monje buddhista que había sido celoso estudiante de Teosofía, y había acariciado por largo tiempo la esperanza de llegar á tener un día el privilegio de recibir enseñanzas directas de sus instructores Adeptos. En su Devachán la figura dominante era Buddha, mientras que los dos Maestros que más relacionados han estado con la Sociedad Teosófica, aparecían también como sus lugartenientes, explicando é ilustrando sus enseñanzas. Las tres imágenes estaban completamente vitalizadas ó informadas por el poder y la sabiduría de los grandes seres que representaban, y por consiguiente, el monje estaba recibiendo verdadera enseñanza sobre asuntos ocultos, cuyo efecto será, ciertamente, llevarlo al Sendero de la Iniciación en su próximo nacimiento.

Otro ejemplo de nuestras ideas que se vió allí, pone de manifiesto el terrible efecto de abrigar sospechas infundadas y nada caritativas. Era el caso de una antigua estudiante celosa y llena de abnegación que hacia el fin de su vida había desgraciadamente adoptado una actitud de desconfianza, por completo indigna é injustificada, sobre los motivos del proceder de su antigua amiga é instructora Mad. Blavatsky; y causaba pena observar cómo este sentimiento había vedado muy considerablemente la influencia

superior y la enseñanza de que hubiera podido gozar en su Devachán. No se le había retirado la influencia y la enseñanza, mas su propia actitud mental le impedía, hasta cierto punto, estar en condiciones de recibirlas; por supuesto, no se daba cuenta de ello, le parecía estar disfrutando la comunión más completa y perfecta de su Maestro; sin embargo, era evidente que á no haber sido esta traba, por ella misma creada, hubiera alcanzado ventajas mucho mayores en su estancia en este nivel.

Hay, por supuesto, otros Maestros de sabiduría además de los que están en relación con nuestra propia obra, así como también otras escuelas de Ocultismo que trabajan en la misma dirección á que aquellos se encaminan, encontrándose también en este subplano muchos estudiantes que los siguen.

Pasando ahora á la clase siguiente, la del pensamiento filosófico y científico elevado, vemos aquí muchos de esos pensadores verdaderos que buscan el conocimiento sólo con el objeto de ilustrar y ayudar á sus semejantes. Desde luego se comprenderá que no es posible incluir como filósofos á los hombres, ya sea de Oriente, ya de Occidente, que malgastan su tiempo en meros argumentos verbales, y en insignificantes minuciosidades, forma de discusión que tiene por fundamento el egoísmo y la presunción, y que, por tanto, no pueden coadyuvar nunca á obtener una comprensión verdadera de los hechos del Universo; y naturalmente, tales superfluidades necias no producen resultados que puedan expresarse en el plano devachánico. Como ejemplo de un verdadero investigador observado en este plano, podemos mencionar uno de los últimos partidarios del sistema neoplatónico, cuyo nombre nos ha sido afortunadamente conservado en los anales que quedan de aquella época. Durante toda su vida terrestre había trabajado para dominar verdaderamente las enseñanzas de esta escuela, y ahora, en su Devachán, estaba ocupado en descubrir sus misterios y en comprender su alcance en la vida y desarrollo humanos.

Otro caso era el de un astrónomo que aparentemente había principiado su vida como cristiano, pero que gradualmente, bajo la influencia de sus estudios, se había elevado al Panteísmo; en su Devachán continuaba el curso de sus estudios con mente llena de reverencia, y era indudable que estaba adquiriendo verdaderos conocimientos, probablemente de los Devas que en este plano están encargados de la distribución y administración de las influencias siderales. Hallábase sumido en la contemplación de un vasto panorama de girantes nebulosas, y formando gradualmente sistemas y

mundos, y parecía estar trabajando en una idea indecisa de la forma del Universo, que se imaginaba como algún vasto animal. Sus pensamientos le rodeaban como figuras elementales en forma de estrellas, siendo una fuente especial de dicha para él escuchar el ritmo majestuoso de la música, que, como coros potentes, procedía de los orbes en movimiento.

El tercer tipo de actividad en este subplano es aquella clase más elevada de esfuerzo artístico y literario que se inspira principalmente en el deseo de elevar y espiritualizar la raza. Aquí se encuentran nuestros más grandes músicos; en esta división Mozart, Beethoven, Bach, Wagner y otros, inundan aún el mundo celeste con armonías mucho más gloriosas que las más magníficas que pudieron producir cuando estaban en la tierra.

Parece como si en ellos se vertiese una corriente de música divina de regiones superiores, la cual ellos particularizasen é hiciesen suya, para lanzarla luego en todo el plano, como un gran flujo de melodías que aumenta la dicha de todos alrededor. Los que funcionan en completa conciencia en el plano devachánico, oyen con claridad y aprecian por completo estas magníficas armonías; pero hasta las entidades desencarnadas en este nivel que se hallan envueltas en sus propias nubes de pensamientos, son afectadas también por la influencia espiritualizadora y ennoblecedora de su resonante melodía. Por otra parte, el pintor y el escultor que han cultivado sus artes respectivas con un fin grande y desinteresado, se hallan aquí haciendo y lanzando constantemente toda suerte de formas hermosísimas para recreo y estímulo de sus semejantes; pero estas formas, son, por supuesto, elementales artificiales creados por sus pensamientos. Y no sólo pueden estas espléndidas concepciones causar placer á los que viven absolutamente en este plano, sino que también, en muchos casos, pueden ser atraídas por las mentes de los artistas aún encarnados, y actuar como inspiraciones para ellos, reproduciéndose de este modo aquí abajo para elevar y ennoblecer aquella parte de la humanidad, que lucha en medio del tumulto de la vida física.

Una figura hermosa y conmovedora que se vió en este subplano fué un muchacho que había sido corista y había muerto á la edad de catorce años. Toda su alma estaba llena de la música y de la devoción juvenil hacia su arte, intensamente matizada con el pensamiento de que por medio de ella expresaba los anhelos religiosos de la multitud que llenaba por completo una vasta catedral, y que al mismo tiempo derramaba sobre ellos estímu-

los é inspiraciones celestes. Había aprendido bien poco fuera de este gran don del canto, pero lo había usado dignamente, tratando de ser la voz de las gentes hacia el cielo y del cielo á las gentes, y deseando siempre saber más música y hacerla más valiosa en pro de la Iglesia. En su Devachán este deseo producía sus frutos, y sobre él se inclinaba un maestro en una forma, construída evidentemente por su imaginación, en la semejanza de la exquisita figura angular de una Santa Cecilia de la Edad Media en el empañado cristal de una ventana gótica, y esta imágen mental estaba vivificada por un Deva, quien por su medio le enseñaba una música más grandiosa que la que jamás soñara en la tierra.

Aquí se encontraba también uno de los fracasos de la tierra, pues la tragedia de la vida terrestre deja algunas veces extrañas señales en «los lugares celestes». Estaba sólo en el Devachán; en el mundo en donde todos los pensamientos de los seres queridos sonríen al hombre como amigos, él se hallaba pensando y escribiendo en la soledad. En la tierra había trabajado por escribir un gran libro, y por esta causa había rehusado emplear sus facultades literarias en adquirir el sustento por medio de trabajos mezquinos; pero nadie quería ver su libro, andaba por las calles desesperado hasta que las penas y la miseria cerraron sus ojos á la tierra. Había permanecido solitario toda su vida; en su juventud sin amigos y sin lazos de familia, y en su edad madura sin poder trabajar, sino sólo á su manera, rechazando las ofertas que le hubieran conducido á un punto de vista más amplio de las posibilidades de la vida, que el paraíso terrestre que anhelaba hacer para todos. Ahora, al pensar y escribir, aunque nadie había que él hubiese amado como protectores personales ó ideales que formaran parte de su vida devachánica, veía extendiéndose ante él la utopia en que había soñado, y para la cual había tratado de vivir, y las vastas multitudes que había deseado servir; y la dicha por su dicha repercutía en él y convertía su soledad en un cielo. Cuando vuelva á la tierra lo verificará seguramente con poderes para formar planes así como para llevarlos á efecto, y la visión devachánica tomará cuerpo parcialmente en vidas terrenas más felices.

Se vieron en este plano muchos que durante sus vidas terrestres se habían dedicado á proteger á los hombres sólo porque los hombres necesitaban protección y porque sentían el lazo de la fraternidad; que servían por el servicio mismo, más bien que por agradar á ninguna divinidad particular.

Se ocupaban en plantear con completo conocimiento y tranquila sabiduría vastos planes benéficos, magníficos proyectos de mejoramiento del mundo, y al mismo tiempo maduraban poderes con los cuales llevarlos á la práctica más adelante en los planos inferiores de la vida física.

C. W. LEADBEATER

(Se continuará).



CARTAS Á UN SACERDOTE CATÓLICO

I

MI QUERIDO AMIGO:

HA sido tanto el tiempo que nos hemos comunicado libremente nuestras ideas y deseos, que al preguntarme ahora por qué no os acompaño en vuestra nueva empresa, siento que tenéis derecho á que os conteste.

No hay, en mi opinión, un ideal más noble de trabajo en pro de la Humanidad, que lo que os proponéis hacer; estableceros talmente en el corazón mismo de la miseria de Londres, y tratar de obrar no condescendiendo con ella desde la altura de vuestra «respetabilidad», sino viviendo, en cuanto sea posible, como uno de tantos pobres, á fin de ver lo que puede hacerse para despertar en ellos el respeto de sí mismos, que es lo principal que les falta, y sin lo cual ni la educación ni la religión pueden hacer gran cosa en su favor. En esto es en lo que consiste, como con mucha razón pensais, la miseria del East End (1), y no en la mera pobreza y sufrimientos, los cuales, por sí mismos, me importan tan poco como á vos. Siempre ha habido mucha gente en el mundo mantenida con menos renta de la que dispone cualquier habitante de los barrios miserables de Londres, y que, sin embargo, han conservado el respeto de sí mismos; y en lo que se refiere á la mera inmundicia y suciedad, los judíos polacos y alemanes que llenan las calles de Spitalfields, proceden en su mayor parte de antros, en comparación de los cuales las calles Flower y Dean, bien

(1) Barrio de Londres. *(N. del T.)*

limpias, secas, alumbradas y con policía suficiente, son el Paraíso mismo. El verdadero horror de las calles de Londres, consiste en que los pobres seres que las pueblan de noche, son el producto real más verdaderamente característico de nuestra alabada civilización del siglo XIX. Las desgraciadas mujeres que, no pudiendo vender el trabajo de sus manos para adquirir pan con que alimentarse, han aprendido, como cosa natural, á venderse á cambio de él, y á beber para olvidar su vergüenza; y los borrachos bulliciosos que las rodean, en un estado de degradación inferior aún al de ellas, son sencillamente el resultado natural é inevitable de generaciones de esa «lucha por la vida», que es todo lo que la sociedad les concede. Es un dicho cruel, pero verdadero, que somos nosotros mismos quienes los hemos hecho así, y los únicos responsables. Así, pues, honremos á los que reconocen su responsabilidad y hacen esfuerzos sinceros para deshacer su obra y devolver á sus pobres hermanos esa «imagen de Dios» que de una manera tan cruel ha sido triturada y deshecha bajo los pies de aquellos que, sin cuidado alguno, han pasado por encima para llegar á la fortuna y al poder.

Pero ¿cómo ha de principiarse esto? Hace cuarenta años, poco más ó menos, que lo que vais á emprender tomó forma en mi mente como un sueño de la obra de mi vida, y á nadie se le hubiera ocurrido entonces más que una contestación á tal pregunta: «Predicar el Evangelio» á los pobres. ¿Por qué no fuí á hacerlo entonces? ¿Por qué no lo hago con vos ahora? Mi contestación, por supuesto, no puede agradaros; pero tengo tal confianza en vuestra tolerancia hacia las opiniones de que no participáis, que me aventuro á exponérosla, y sólo os hago presente desde un principio, que estas son cosas que pertenecen al temperamento natural más que á la lógica. Algunos de los que la lean pueden sentir que contesta á sus propias aspiraciones; y como tantas veces se repite en los evangelios el que *pueda* entender que entienda, á los que no pueden, no me importa que lo consideren aunque sea como una necedad.

Mi temperamento natural se mostró pronto algún tanto diferente del ordinario. Cuando aún era muy niño, me enseñaron los himnos de Watts como era entonces costumbre. Aprendí á «dar las gracias á la sabiduría y á la misericordia», entre otras sosas, «por tener alimento mientras otros se morían de hambre ó mendigaban de puerta en puerta;» y me acuerdo perfectamente que aun entonces me parecía qúe en esto había algo que no estaba bien. Yo *agradecía* el tener alimento, pero no me resultaba éste

bien realzado con el pensamiento de que otros carecían de él; así como tampoco nunca llegué á aprender á «estar en salvo, sobre una roca y ver á otros ahogarse», lo cual jamás fué un placer para mí, ni puede serlo nunca. Pero esta es y debe ser la actitud cristiana. Dante lo expresa dura y claramente como todo lo que hace. Cuando Beatriz desciende al infierno en busca de Virgilio para salvar á su amante, aquél le pregunta cómo es que no tiene miedo de ir allí, y ella contesta: «Yo soy de modo, á Dios gracias, que vuestros tormentos no pueden tocarme.» Está bien, pero por mi parte, ¡yo *no* soy de ese modo, á Dios gracias! En estas pocas palabras está la clave de nuestro disentir. En medio del pesar, del dolor y del pecado que me rodean, siempre he sentido que ni el mismo Cristianismo podia proporcionarme las expresiones de consuelo justas para el caso. Cuando crecí y me hice estudiante del sacerdocio Disidente, ví á mis compañeros en presencia de la desgracia repitiendo las frases usuales de consuelo: que todo era parabién; que debemos someternos á la voluntad de Dios; que todos veríamos que en el cielo seríamos felices, etc., etc.; y hecho esto, se marchaban convencidos de que habían dicho cuanto hacía falta, y satisfechos, tanto de su creencia como de sí mismos. ¡Yo siempre he sentido que el decir tales cosas era como si me burlara del desgraciado con palabras y sólo palabras; y aun en los casos en que las palabras consolaban *efectivamente*, como sucede con la mayor parte de la gente, no me sentía satisfecho, sino disgustado. Lo mismo me sucedía en mi vida interna; el pesar que me causaba el fracaso de mis esfuerzos para llegar á su logro, se agravaba extremadamente por el sentimiento instintivo de que la finalidad que me presentaban era también sólo una cuestión de palabras, y que aun cuando alcanzara el logro, éste no era la perfección que yo realmente necesitaba. Siempre había en mi interior una idea vaga de algo, sin saber que, por encima y más allá de las más elevadas virtudes cristianas. Un aspecto de este pesar hállase bien expresado en las siguientes frases de Richard Jefferies:

«El ideal de la Naturaleza—dice—requiere de nosotros algo *más allá* de lo bueno. El concepto del bien moral sólo, no satisface. Lo mejor que conocemos es el desinterés puro. Pero ¡cuán poco satisfactorio! Hasta el salvar vidas es poca cosa, comparado con lo que el corazón quisiera hacer. Las obras llamadas buenas son secas é insípidas, pronto hechas, muchas veces de valor dudoso, y dejando tras sí un sentimiento de vacío. Dais una cantidad de dinero para un buen objeto, y os marcháis; pero no

satisface las ansias del corazón. Os priváis de un placer para sentaros á la cabecera de un enfermo, es una buena obra, pero una vez hecha, queda un vacío en el alma. No es bastante, y el decir lo contrario es casuístico. Muchas veces creo que la razón de que el mundo sea tan frío y egoísta, es porque nunca se le ha enseñado á ser de otro modo. Escucha á los profetas de la Humanidad, y ve que se pone por obra mucha benevolencia verdadera, pero el resultado es infinitesimal. Nada resulta de ello; no satisface al corazón individual. El mundo en general continúa impávido é indiferente: primero, porque su buen sentido no ha llegado á convencerse, y segundo, porque sus secretas aspiraciones no están, en modo alguno, satisfechas. Si se presentase un bien verdaderamente espiritual ó ideal, las multitudes se precipitarían en pos. Nada se ha dado todavía, sino palabras vacías. Los llamados «bienes» han resultado tan desabridos como los frutos del vicio, quizás más amargos aún que los pesares del vicio.»

Y pasando de las palabras externas á las oraciones y meditaciones que debieran elevarnos más, debe haber muchos que igualmente que yo pueden decir como San Martín: «En cuanto á mí, siento que algo me falta todavía para llenar los deseos sin límites que me devoran. Las oraciones y verdades que nos dan y nos enseñan aquí abajo, son muy poco para nosotros; son oraciones y verdades sólo del tiempo; nosotros sentimos que hemos sido hechos para algo mejor; ¡para la eternidad!»

Y si dejando nuestra vida interna, nos volvemos al mundo que nos rodea y observamos sus movimientos, el caso sigue siendo el mismo. Nadie puede considerarlo largo tiempo sin sentirse convencido de que *efectivamente* se mueve, pero por leyes fijas; y si no se está, como muchos, cegado por ideas preconcebidas, pronto se sentirá igualmente convencido de otra cosa: de que la ley que guía al Universo no tiene absolutamente relación ninguna con las enseñanzas de la religión cristiana. Nos reímos del extravagante chauvinismo de Artemus Ward, cuando nos dice que «el mundo gira alrededor de su eje una vez cada veinticuatro horas, sujeto solamente á la Constitución de los Estados Unidos;» y, sin embargo, el tratar de sujetar sus revoluciones á la teologia bíblica, sería igualmente divertido si la tragedia no fuese tan prolongada y terrible. Esto es, en verdad, prácticamente admitido por toda clase de fieles, desde el sacerdote católico hasta el «teniente» del Ejército de Salvación; todos dicen que «el mundo está pervertido», que no está regido por Dios sino

por el Demonio, y que la única probabilidad de hacer algún bien, de «salvar almas», es colocarse, fuerte con sus convicciones, precisamente á través de su marcha, con la esperanza de que la «gracia de Dios» os dará la fuerza para detener y hacer retroceder el curso irresistible de la evolución cósmica.

Esto, y no otra cosa, es lo que vos y vuestros compañeros os proponéis hacer. No insistiré en la demostración de la evidente imposibilidad de ello: imposibilidad de que no puede dar idea ni aun la escoba de la señora Partington contra el Atlántico. Esto es sólo concebible para el que esté encerrado en los estrechos límites de su creencia, de su devota congregación, más aún, dentro de las cuatro paredes de su iglesia ó capilla. ¡Venid al mundo de que hablamos; dejad vuestro medio ambiente; vagad por las calles de París ó de Berlín; *sentid* la gran vida en torno vuestro, la anchura y profundidad de sus corrientes; observad la dirección de su marcha lenta pero irresistible, y luego, pensad, si podéis, en oponerle las palabras de un libro viejo! ¡Cuánto me acuerdo del terror pegajoso, frío, casi físico, que se desarrollaba en mí día tras día en tales circunstancias, desde que llegué á penetrarme de cuán miserablemente pequeña é inadecuada para tal objeto era la religión en que tanto había confiado, y de que tan orgulloso me había sentido; cuando percibí con qué absoluta inconciencia de ella se movían las grandes ruedas en sus vueltas misteriosas, sin precipitación, sin reposo, como las estrellas en el cielo! A la Gran Vida de que todos formamos parte, le afecta lo mismo el odio que el amor é Dios; resístase, lúchese tanto como se pueda contra la convicción, siempre será innegable que de todo lo que creemos que *deben* ser las esperanzas, deseos y sentimientos que constituyen lo que hemos considerado nuestra religión, nuestra vida espiritual y nuestras espectaciones del futuro, nada saben, y les importa aún menos los poderes que *realmente* rigen el gran mundo.

(Se continuará.)

ARTHUR A. WELLS.



Reencarnación Animal.

(CONCLUSIÓN)

Ahora bien; en todo el reino animal la esencia evolutiva ha trabajado en materia astral más bien que en materia puramente física, y en los tipos más elevados ha principiado de un modo muy definido á actuar sobre la materia de los niveles inferiores del plano manásico; y de este modo no sólo ha construído para su manifestación un cuerpo físico y un cuerpo astral, sino también un «cuerpo mental» incipiente. Al ponerse luego en contacto con el hombre, su desarrollo manásico es grandemente estimulado y apresurado; el animal adquiere devoción por algo que le es superior: en este caso el hombre. Trata de un modo ciego, obscuro, semiconsciente, de llegar á él, de comprenderle, de penetrar en su vida, de complacerle y ayudarle; y de este modo la esencia se abre camino hacia arriba, á través de la materia de los niveles rupa-manásicos, poniendo esta materia en vibración, y principiando confusamente á desarrollar su capacidad de actividad mental, esto es, el pensamiento; pero su impulso hacia arriba, la aspiración y devoción hacia aquello que siente, aunque confusa y ciegamente, que es superior á él, tiene también otro efecto de importancia capital: de un modo misterioso, que todavía no nos es dado comprender, actúa en los planos superiores al manásico, y atrae un rayo, una chispa de lo divino, que sale al encuentro de su aspiración hacia arriba y la apresura. Este rayo ó chispa que desciende de la vida âtmica á través del plano búddhico, parece pertenecer á una tercera gran oleada âtmica ó expansión de la Vida Divina, que no desciende á la materia más allá del tercer nivel arûpa del plano manásico. Pero de este asunto muy poco ó nada más se sabe que lo ya expuesto.

Sea como quiera, este rayo ó chispa *es* atraído al encuentro de la esencia que evoluciona hacia arriba á lo largo del arco ascendente de su vuelo cíclico, la cual, después de haberse abierto camino, como hemos visto, alrededor del ciclo de evolución, se halla ahora desenvolviéndose en los niveles rûpa-manásicos. Cuando tiene lugar la unión entre el rayo des-

cendente y alguna porción de esencia temporalmente separada, que sirve de alma á un animal cuyo contacto con el hombre ha impulsado la esencia hacia arriba, esta porción de esencia se separa finalmente del bloque á que pertenecía, á causa de la acción ejercida en ella por el rayo. Entonces esta porción se hincha, por decirlo así, y se convierte en el «cuerpo causal» ovoide, ó verdadero Ego del tercer nivel Arûpa del plano manásico, el cual sirve de vehículo ó «cuerpo» en el que mora el rayo ó chispa divina que ha descendido dentro de él, correspondiendo así exactamente á la descripción dada en la *Doctrina Secreta* de la «chispa que pende de la Llama, por el hilo más fino de Fohat»; iluminando la «chispa» con radiación divina la película ovoide del cuerpo causal, dentro de la cual pende suspendida.

De este modo se forma la verdadera individualidad humana, el Ego divino que se reencarna; y desde este punto en adelante, tenemos una entidad definida, continua y perdurable, que en lo sucesivo encarnará como un individuo que acumula tesoros de experiencia y de desarrollo dentro de sí mismo, en lugar de volverlos á verter en un todo más grande en el cual se sumerja.

Tratando ahora de los puntos presentados por M. Knox en el artículo ya mencionado, es evidente, por lo dicho, que aun cuando desde el punto de vista metafísico sea necesario admitir que en la corriente original de esencia monádica debe encontrarse la *potencialidad* de diferenciarse últimamente en unidades individuales, y hasta la posibilidad de convertirse en un número definido y finito, por muy grande que sea, de tales unidades, sin embargo, ésta es una *potencialidad* puramente abstracta que puede ser requerida más bien como una necesidad de las leyes bajo las cuales funciona nuestra inteligencia, que no como necesidad de aquellas regiones que se encuentran más allá del plano al que pertenece nuestra misma inteligencia. En todo caso, hasta para la visión espiritual elevada, no ya la que pertenece á los niveles rûpa-manásicos, sino para la visión búddhica misma, no es observable rastro alguno de tal individualización en la esencia monádica, á medida que se vierte en el plano manásico. Ni tampoco vemos, excepto en la diferenciación gradual en bloques aún más pequeños, tanto en el arco descendente en el reino mineral, como en el ascendente desde este punto hasta el animal más elevado, nada que pueda llamarse con propiedad una entidad individual permanente, capaz de reencarnación individual, hasta que tiene lugar el proceso que se ha descrito;

y el cuerpo causal, definidamente individual, es arrancado del pequeño bloque de esencia elemental animal, del que dependía juntamente con otros el animal particular así individualizado.

De este modo, pues, contestanto al primer punto de Mr. Knox, podemos decir que la reencarnación individual no ocurre en el presente reino animal; y que sólo tiene lugar en el caso de esos animales que, habiéndose individualizado de la manera que se ha descrito, pertenecen *ipso facto* al reino humano, los cuales, en su próxima aparición en la escena, se encarnarán como seres humanos (1). Precisamente este cuerpo causal individualizado, es aquel de que habla Mrs. Besant como el «alma germen fertilizada», el rayo que desciende de la Vida Divina, siendo la chispa fertilizadora enviada por los Mânasaputras, la cual cae en el suelo de la esencia animal ascendente, y *causa* la individualización.

Considerando ahora las demás consecuencias que de este punto saca Mr. Knox, puede decirse algo sobre lo que teóricamente *puede* haber tenido lugar en pasadas edades, pero que, en lo que hasta ahora se conoce, *no* ocurre al presente. Es posible que le haya ocurrido al lector atento, que la descripción que se ha hecho respecto de la disminución gradual del tamaño de los bloques de esencia y del número de animales á que un solo y mismo bloque suministra sus almas, puede sugerir la idea de que, al llegar á los tipos más elevados del reino animal, si este proceso continuara su trabajo por sí sólo, resultaría finalmente que el bloque de esencia se reduciría tanto que no podría servir de alma más que *á un solo* cuerpo animal á la vez de la clase apropiada, y que, por tanto, en tal caso tendríamos una entidad animal definida que se *reencarnaría* como individuo, aun cuando, no habiendo aún recibido de arriba el rayo fertilizador, no podía llamarse un Ego humano divino que se reeencarna, cualquiera que fuera el cuerpo animal ó humano que ocupare. Semejante posibilidad hay que reconocerla como admisible, á lo menos teóricamente, así como no deja de estar en armonía con los principios generales, y el plan de nuestros conocimientos teosóficos; pero que haya ó no sido *un hecho* realizado en la evolución de nuestra cadena, es lo que no sabemos con seguridad todavía, aunque ciertas observaciones hacen suponer factible algo

(1) Hecho que ya no tiene lugar en esta Ronda desde los comienzos de la Cuarta Raza, según se afirma repetidamente en la *Doctrina Secreta*. Tales entidades ó animales individualizados no vuelven á encarnar, sino que quedan para constituir la humanidad inferior de otros Manvantaras planetarios, con una sola excépción que se menciona en el referido libro, y cuya línea de evolución no se ha desenvuelto en la forma general que se expone en este artículo. — *N. del T.*

por el estilo. Sea como quiera, el hecho es que éste *no* es el proceso que actualmente tiene lugar, y que en todos los casos que se conocen, la individualización se ha verificado por la separación efectiva del alma del animal del bloque de esencia á que pertenecía, mediante el descenso del rayo divino del océano âtmico.

Las cuestiones de esta índole se reducen á un problema de hechos más bien que de teorías, y aunque cierta consideración sentimental nos incline á determinada opinión, no debemos olvidar que el Ocultismo es la verdadera Ciencia de la Naturaleza, y que, por lo tanto, debemos amoldar nuestras opiniones más bien á los hechos mismos que no á nuestros deseos sobre lo que pudiera ser. Pero aún queda por considerar el problema de los sufrimientos de los animales, y el espacio de que disponemos sólo nos permite algunas palabras más. El desarrollo general de la esencia animal, y especialmente la fase manásica del mismo, se apresura é intensifica mucho por el sufrimiento, aunque se hacen sentir otras desventajas de la evolución apresurada, á las cuales tendrán que responder á su debido tiempo, los que han infligido el dolor; y este progreso más rápido influye tan sólo en el relativamente pequeño bloque de que depende el animal que sufre, y no en el reino animal en general. Además, en los casos de los tipos más elevados susceptibles de individualizarse, es muy probable que el sufrimiento tienda mucho á realizar la individualización de aquel animal particular, aun cuando el mismo resultado hubiera podido obtenerse, y *debió* haberse obtenido por la bondad y el cariño.

Creo que he tratado los puntos principales presentados por Mr. Knox; y respecto á los diversos textos que cita en apoyo de su opinión, sólo diré lo siguiente: á mí me parece que todos los pasajes que cita de *La Doctrina Secreta* ó de otros escritos de H. P. B., así como también de otros escritores que han hablado por percepción y conocimiento, y no simplemente por especulaciones, se verá que ofrecen una interpretación compatible, coherente y armoniosa á la luz de las opiniones generales y de los hechos que he tratado de hacer inteligibles en las páginas precedentes.

Por de contado, nuestros conocimientos acerca de esto, lo mismo que sucede en la mayor parte de los asuntos teosóficos, es como un grano de arena en el desierto de Sahara de nuestra ignorancia, pero con mayores conocimientos vendrá una percepción más clara. Mientras tanto, el poco conocimiento que tenemos, se halla libremente al servicio de nuestros compañeros estudiantes en todo el mundo, entendiéndose, naturalmente,

que lo aceptarán como sujeto á correcciones, modificaciones y transformaciones, á medida que el conocimiento se agrande y se acumulen observaciones, y sobre todo que no se imaginarán por un momento que nadie, sea quien sea, puede ser considerado como autoridad infalible.

BERTRAN KEIGTLEY.

PENSAMIENTOS Y COMENTARIOS

«Vence la envidia ajena por tu benevolencia...
»Vence á los malos por tu bondad...»
(GAUTAMA BUDDHA.)

Sublimes sentencias inspiradas en el más puro espíritu de caridad y de altruísmo. Preceptos inexorables para todo buen teosofista, porque sin cumplirlos, no es posible que el espíritu se eleve y se sublime para ganar poco á poco la extrema perfección. Discúlpenos la envidia que nos tengan los demás, porque ella misma indica que poseemos algún bien de que aquéllos están despojados, y este bien, aunque sea material, es un indicio de nuestros merecimientos y de nuestra superioridad (por lo menos momentáneamente) sobre los que nos envidian; pero guardémonos bien de pensar en ello; desechemos toda idea de engrandecimiento y orgullo de sentirnos superiores, porque esta idea, la sospecha sola de ella, destruirá todo nuestro mérito, y nos hará retroceder en vez de avanzar en el largo sendero de la perfección y de la felicidad. Tratemos con benevolencia á los envidiosos, no por sentirnos superiores á ellos, sino para elevarlos á nuestro nivel, para hacerlos gozar de todas nuestras dichas, destruyendo así el pretexto de su envidia, y haciendo así progresar á nuestros semejantes, apartando los obstáculos de su camino; avancemos nosotros en el nuestro con pasos agigantados hacia la extrema perfección.

Venzamos á los malos por nuestra bondad, porque así como las represalias excitan el odio y centuplican el mal, así la bondad, con su divina potencia, lo contrarrestra y destruye, logrando á la vez que la satisfacción propia, aunque no debemos buscarla, el alivio y el mejoramiento de los malos que, insensiblemente desarmados, irán penetrando y avanzando poco á poco en el camino de la perfección, y su marcha hacia el bien nos empujará á nosotros, haciéndonos llegar más brevemente al término deseado en el Seno de la Divinidad.

LEAFAR.



ESTUDIOS ACERCA DEL BUDDHISMO

(CONTINUACIÓN)

TAN mal comprende nuestro articulista la doctrina de la metempsicosis adoptada por Gautama, *sub-silentio,* que cree difícil pueda decirse que tiene conexión con otros rasgos característicos de su sistema. Mas está realmente dicha doctrina tan lejos de oponerse á aquéllos, que constituye en verdad la clave de todo el sistema, sin la cual no podía éste desarrollarse; de ella surgen todas sus doctrinas sobre la reencarnación, á las que van dirigidas todas esas censuras á propósito de las «existencias» que los caricaturistas del Buddhismo eligen para mantener la teoría monstruosa de que Buddha enseñó la aniquilación como un hecho natural, y como un fin deseable. La correcta apreciación de las verdaderas doctrinas Buddhistas de la metempsicosis, ó más bien de la evolución del alma del hombre á través de una larga serie de encarnaciones físicas (no su descenso á formas, de que se hace mención en ciertos casos para simbolizar las pasiones humanas), nos pondrá en guardia contra los mil conceptos erróneos tocante á la intención de las palabras de Buddha, conforme se hallan consignadas en las escrituras exotéricas en forma algún tanto enigmática. Esta doctrina no es peculiar del Buddhismo solamente. Es la base de toda la filosofía india, y es aceptada como un hecho natural por todo indio educado espiritualmente, así como también por todo Buddhista.

Merece que fijemos un momento la atención sobre el fundamento en que el articulista se apoya para considerar la doctrina de los renacimientos incompatible con lo que erróneamente imagina que son otros rasgos del sistema Buddhista. Dice: «Pues sin duda la continuación de la existencia de una individualidad, una vida después de otra, implica la inmortalidad del alma ó el principio de personalidad. Ahora bien; el Buddhismo niega los dos términos de esta afirmación: el hecho de la inmortalidad, y aun la existencia del alma humana.» La impropiedad del lenguaje que de

esta manera emplea la expresión muy significativa de «inmortalidad», como sinónima de la supervivencia después de la muerte del cuerpo, es aquí la causa de la equivocación. El Buddhismo no niega, sino que afirma de mil modos, la supervivencia del Ego humano ó del alma, á través de un enorme período de tiempo, por millones de siglos. Pero reconoce la ley de progreso y de la evolución cíclica, como inherente á todo proceso natural, y por eso también comprende que la personalidad de un hombre cualquiera en un punto de la evolución, debe al fin ser destinada á tan transcendental elevación en la escala de la naturaleza (á menos que en un período posterior de ese desarrollo, del que no hay que hablar por ahora, fracasase), que, como ya he indicado, considera el término inmortalidad como no científico é impropio, y por consiguiente, no lo emplea. El Buddhismo no niega lo que los escritores occidentales afirman generalmente cuando emplean el término inmortalidad; sólo niega lo que explica este término cuando se le analiza escrupulosamente. En un pasaje citado con frecuencia, y que el articulista presenta una vez más para demostrar que Buddha, según él cree, niega la «permanencia del Ego» (refiriéndose á la supervivencia), Ananda pregunta á Buddha por qué no ha respondido al monje errante Vacchagotta, que le había hecho preguntas acerca del alma. Buddha explica en el lenguaje exuberante y florido del Oriente, que si hubiese dicho «el Ego es», el monje hubiese entendido mal su intención, creyendo que se refería á que el alma permanecía para siempre inmutable, lo cual era contrario á la ley esencial de la evolución espiritual. Si hubiese dicho «el Ego no es», habría pensado que afirmaba la doctrina de la aniquilación. Todo el que esté familiarizado con la gran sutileza y modo de ser de la doctrina esotérica, podrá apreciar su repugnancia en aclarar cualquiera de sus dificultades en una conversación que no podía ofrecer oportunidades para explicarla en todos sus detalles. El articulista de la *Church Quaterly Review* pone en seguida de la cita del pasaje relativo á Vacchagotta, otra cita mal traída de los Comentarios del Dr. Oldemburg acerca de tal pasaje. «El Dr. Oldemburg—dice—observa con gran exactitud: 'si Buddha rehuye la negación de la existencia del Ego, lo hace para no chocar á un oyente timorato'». El verdadero sentido de la cita del Dr. Oldemburg está falsamente presentado en esta frase, como podrá comprender todo aquel que se tome la molestia de mirar la página 266 de su libro, donde dice: «Si alguno califica al Buddhismo como una religión de aniquilación, y trata de considerar este punto de vista como la

base específica del mismo, habrá dejado de apreciar completamente la tendencia principal de Buddha, y del antiguo orden de sus discípulos».

Esto ha sido precisamente lo que ha hecho el escritor de la *Church Quaterly Review;* y comenzando por errar el fundamento, hace una crítica improcedente acerca de las restantes doctrinas del Buddhismo, partiendo de sus propias conclusiones falsas respecto á lo que el sistema afirma y niega. Así se sale, examinando la teoría de «Karma», con la observación de que el sistema no reconoce, como hemos visto, un alma ó principio de individualidad». Del mismo modo podría lanzarse á examinar una especulación astronómica concerniente á la nueva estrella en Andrómeda, diciendo: «el sistema, como hemos visto, no reconoce la existencia de materia fuera de los límites de la órbita de Neptuno». Nuestro articulista, en su discurso sobre el Karma, está precisamente en el caso de un tratado astronómico que comenzase con esta suposición. Es tan difícil moverse dentro de un pequeño espacio, como corregir los contornos de una cara mirada á través de un cristal lleno de sinuosidades. Es un error fantástico sobre el asunto, en que hasta la interpretación errónea del Dr. Rhys Davids, está tomada como punto de partida para llegar á una subversión más grave de la doctrina original.

Que el Buddhismo, á pesar de ser enorme desatino — como verdaderamente lo sería, si fuera tal como nuestro articulista lo presenta — ha provocado un renacimiento de simpatía en los últimos años, es un hecho que aquél pasa á considerar tomando como «síntoma el notorio crecimiento de este Neo-Buddhismo... la actividad y rápida extensión de la Sociedad Teosófica».

Cita con profusión y examina exclusivamente en conexión con esta parte de su asunto, el primero de los libros que yo he escrito relacionado con el movimiento teosófico: *El Mundo Oculto.* Como el título de otra obra más importante, el *Buddhismo Esotérico,* es de la misma especie que aquellos de que trata el artículo, es difícil comprender cómo la ha desconocido, cuando casi todas sus páginas se dirigen á interpretar la doctrina Buddhista, mientras que el *Mundo Oculto* es una simple narración preliminar de las curiosísimas é interesantes circunstancias, por las cuales fuí inducido al estudio de la filosofía esotérica oriental. Nada tengo que defender ni que retirar de aquella narración original, ni tampoco he leído crítica alguna de los incidentes contados en aquel libro, que no hubiese podido desvanecer, señalando su falta de valor y de lógica; pero el libro

apenas tiene que ver con la Teosofía Buddhista, y este hecho es bastante para indicar hasta qué punto el escritor de la *Church Quaterly Review* ha dejado de hacer justicia á la corriente moderna del pensamiento que describe como el Neo-Buddhismo de la Sociedad Teosófica. Las declaraciones del Buddhismo Esotérico, concernientes á la manera con que algunos pensadores del Oriente consideran la naturaleza, han sido presentadas al mundo occidental por sus propios méritos. Yo sostengo que es un sistema de pensamiento — según lo concebimos los que lo exponemos — en perfecta armonía con un gran número de importantes obras Orientales, consecuente consigo mismo, y que constituye en nuestra opinión la gramática de todo pensamiento teosófico, aunque dolorosamente se haya extraviado algunas veces.

Nos encontramos que cuando por primera vez fué publicado este sistema en lenguaje llano, Brahmanes eruditos, así como Buddhistas, dijeron (véase Correspondencia en el *Theosophist*): «Sí: este es nuestro modo de ver las cosas; siempre nos han sido familiares las ideas capitales de esta doctrina.» Cuanto más aplicamos nuestro sistema los que hemos adoptado en serio su estudio, como una clave para descifrar el penoso enigma de la vida, con tanta mayor satisfacción vemos que resuelve los problemas que antes parecían desesperados. ¡Qué contrasentido no será, pues, decir á las gentes que oyen hablar de tal movimiento: «El hombre que ha servido de instrumento para poner estas ideas en circulación, escribió hace algunos años un libro sobre incidentes que parecen muy triviales cuando se les compara con el destino del alma.» *Per se* en su relación con la física oculta, esos incidentes no me parecen triviales ni de poca importancia, pero no tienen relación intelectual de ninguna especie con los principios de la «Teosofía Buddhista». Por tanto, el articulista de la *Church Quaterly* no es acreedor á congratulación alguna á propósito del juicio con que ha discutido aquellos principios, siendo así que prescinde de mi otro libro dedicado enteramente al asunto que se empeña en desarrollar, y lleno además de explicaciones que ponen de manifiesto los puntos de vista que considera erróneos.

La obra reciente del Dr. Kellog, *La Luz de Asia y la Luz del Mundo*, es un ataque al Buddhismo, especialmente destinado á prevenir á la gente para que no acepte el concepto favorable de esta religión, presentado en el poema de Mr. Edwin Arnold. El autor mismo dice en su prefacio que «resolvió en su mente hace mucho tiempo . . . que el evangelio de Jesu-

cristo . . . es la verdad sola y exclusiva salvadora de Dios». Por tanto, su objeto es presentar lo que él cree las doctrinas del Buddhismo bajo un aspecto repulsivo, y llamar continuamente la atención del lector sobre la teoría de que semejantes doctrinas pretenden ser la luz de Asia. Desgraciadamente para el concepto que desea establecer, las doctrinas que describe como del Buddhismo, discrepan siempre y son generalmente lo contrario de las que el Buddhismo enseña en realidad. Por ejemplo, dice: «Resumiendo el caso, está tan lejos de ser verdad que la inmortalidad del alma sea una doctrina radical en el Buddhismo y uno de sus puntos de contacto con el Cristianismo, como se ha asegurado, que ni aun la existencia del alma es admitida, y que la afirmación de su realidad es especialmente condenada como una herejía. No hay más nada sino «nombre y forma; eso es todo. Ningún Dios, ninguna revelación, ningún alma; ¡y se nos dice que el Buddhismo es la luz de Asia!»

Este pasaje está repetido con infinidad de variaciones en todo el libro. El autor hace una cita de un texto buddhista, la interpreta de un modo completamente erróneo, infiere de ello que tales y tales ridiculeces son doctrinas del Buddhismo, y exclama: ¡qué horrible religión es ésta! Y tales falsos conceptos son á su vez empleados en fortalecer la negación del sentido espiritual que otros escritores han atribuído á otros pasajes. Así, el Dr. Kellog trata de demostrar que el Nirvana sólo significa el logro de un estado negativo de existencia en aquella vida: «Pues según las autoridades buddhistas, cuando un hombre muere, una vez que su cuerpo ha perecido, nada queda de él que pueda continuar existiendo; y esto es una verdad tanto para el hombre mundano como para el religioso». Así, pues, á todos los pasajes de los escritos buddhistas que parecen demostrar claramente que el Nirvana es un estado de existencia que se goza después de la muerte—una especie de existencia espiritual extremadamente gloriosa—no les hace caso, como si careciesen de toda significación, á consecuencia del primitivo error del Dr. Kellog sobre la «herejía de la individualidad» y de la supuesta negación por autoridades buddhistas, de la inmutabilidad como estado del alma después de la muerte. Y amontonando equivocación sobre equivocación, de un modo que sería divertido por lo absurdo, si no fuera deplorable ver grandes ideas en caricatura, continúa describiendo «lo que los buddhistas llaman en sentido de destrucción, *Parimbhana*, el supremo Nirvana». Esto entiende él que es el logro de una negación tan absoluta de la existencia, que el hombre que alcanza seme-

jante estado, no desarrolla Karma alguno que sea causa de otro (!) hombre más adelante. «Nada queda ahora en el hombre que envuelva ninguna necesidad moral para la producción á su muerte de un ser que recoja el fruto de su Karma. En otras palabras, la cadena particular continua de existencia personal en la que yo, por ejemplo, en la existencia actual, soy un solo eslabón, se termina.»

La verdadera doctrina de *Parimbhana*, según la escribe el Dr. Kellog, siguiendo la forma Pali, aun cuando emplea la sanscrita en la forma positiva de la palabra, sólo puede comprenderse después que se ha llegado uno á penetrar del verdadero significado del Nirvana. Toda la beatitud espiritual que la mente humana en su estado (estado usual) de desarrollo puede imaginar, la conciencia más vívida, la emoción más intensa, la dicha más grande, todo es asequible en los estados espirituales (estados devachánicos) que median entre los renacimientos físicos de la misma entidad. Pero en el curso de un porvenir de enorme duración, el alma que así se baña en la dicha espiritual, que aunque espiritual, tiene, sin embargo, algunas afinidades con las emociones más elevadas de la existencia terrestre y de la conciencia individual, se hace apta para un estado elevadísimo, del que hemos de hablar de algún modo, aunque pocos pueden comprenderlo, inmensamente más elevado y superior en la escala cósmica al estado devachánico. Este es el estado del Nirvana, mientras que el Paranirvana es tal, que está completa y absolutamente fuera del alcance de la concepción finita, siendo el grado superlativo del Nirvana, un estado de existencia propio sólo de dioses; de modo que el especular sobre él, sería para el teosofista tan práctico como para un hombre científico el especular acerca de la física molecular de Sirio. Sin embargo, aunque el significado primordial del Nirvana y Paranirvana se describe de este modo, hay en todo caso un segundo significado de la palabra Nirvana. Sostienen los buddhistas que algunos hombres pueden llegar á un desarrollo psicológico tal, aún durante la vida física, que permita á su conciencia interna pasar el enorme abismo que separa al hombre normal de nuestro tiempo del hombre normal de un remoto futuro. Y por cierto método de un ejercicio muy arduo impuesto al organismo físico, nacido con atributos apropiados, puede suceder que hombres vivos lleguen, no solamente á poder pasar en estado de *trance* á los estados espirituales de existencia que siguen próximos al nuestro, sino que en casos extraordinarios «alcanzan» el Nirvana, anticipando así la evolución psíquica natural

de ciclos enteros. La sola comprensión del asunto que las últimas sentencias hayan podido proporcionar, es bastante para que no presenten dificultad alguna para nadie las aparentes contradicciones que se crea encontrar en los escritos buddhistas.

El Dr. Kellog principia observando, con referencia á la teoría moderna de la evolución, que la aceptación general del concepto puede ser la causa de que alguna gente se haya apartado del Cristianismo. «Como todos saben, hay muchos que creen que si la teoría de la evolución se probase, entonces la hipótesis de un creador del mundo resultaría supérflua, como si el descubrimiento del *método* de la formación del universo ó de cualquier cosa, nos dispensara de la necesidad de suponer una causa suficientemente adecuada.» Es de lamentar que el Dr. Kellog sólo haya hecho uso de esta profunda observación para envolver el flanco del contrario científico que por el momento se le presentaba, y no haya visto que contesta su propio aserto, por completo erróneo, de que en el Buddhismo no hay Dios; pues dado que el buddhista ve perfectamente claro que los atributos del Dios del universo sólo pueden considerarse como de posible comprensión en la conciencia del Paranirvana, no intenta llenar de confusiones á los fieles tratando de interpretarlos en los términos del lenguaje y pensamientos terrestres. Pero ninguna de las falsas interpretaciones del Buddhismo es tan grotesca, ni se separa tanto de la verdad, como la de que el Buddhismo niega la existencia de la Gran Causa Primera, la conciencia suprema espiritual, el espíritu origen de todas las cosas, la realidad fundamental del Cosmos. El Dr. Kellog asegura muy confiadamente á sus lectores, que el asunto ni siquiera se discute entre las autoridades competentes.

«No hay Dios: tal es la proposición principal del Buddhismo; y así lo atestiguan todos los libros buddhistas, etc.» A ese efecto, *en el sentido que le atribuye el Dr. Kellog,* no hay una sola declaración de ninguna autoridad competente buddhista. Donde quiera que se presenta á Buddha diciendo algo que los lectores modernos interpretan como negación de la existencia de Dios, el significado de su lenguaje es indefectiblemente diferente para todos los estudiantes de teosofía esotérica. El sentido es que en ninguna parte de la naturaleza se encontrará una entidad finita, con el carácter de un hombre glorificado, reconocible como creador del Cosmos infinito. Buddha tiende sólo á destruir el concepto degradante de una deidad antropomórfica; y siguiendo esta sencillísima clave, no hay pasaje al-

guno en ningún libro buddhista que presente dificultades para el lector, ni que se preste como fundamento á la extravagante afirmación respecto de la «proposición inicial» del Buddhismo que el Dr. Kellog se atreve á hacer. Donde quiera que se vea una versión inglesa de algún texto oriental presentando sentencias aisladas aquí y allí, que parezcan corresponder á semejante concepto, podemos estar perfectamente seguros que una interpretación errónea ha desfigurado de algún modo el sentido original. El hecho es simplemente que, considerando el mundo, el Buddhismo fija su atención en el *método* de que habla el Dr. Kellog en el pasaje acerca de la evolución antes citada, y dice poco ó nada respecto de la causa que se halla tras el método, y la cual concibe como inefable é indescriptible. Otros sistemas teológicos han pasado por alto toda referencia al método, y sólo han hablado de la causa, hasta que sus discípulos, olvidando su remota grandeza, la han investido con los pobres atributos de una vecindad inmediata. Es verdad, como dice el Dr. Kellog, que el reconocimiento de la causa no hace repudiar el método; pero es también verdad, aunque él *no* lo dice, que el reconocimiento del método no hace repudiar la causa.

A. P. SINNETT.

(Se continuará.)

¿UN SUEÑO?

Me quedé dormido practicando el Dharana, Dhyana y Samadhi, y después de estar algún tiempo en Swapna y más en Sushupti, volví al ensueño y pude ver lo siguiente en la Luz de las Luces.

El Dragón de la Izquierda, representado por una figura horripilante, estaba en nuestro horizonte, impregnando con su infernal flúido el plano físico en que vivimos muriendo espiritualmente, mientras el Dragón de la Derecha, representado por unos cuantos (pocos en número, pero muchos por su poder), contrarrestaba desde la costra terrestre el flúido diabólico del Dragón de la izquierda con otro flúido bondadosísimo, celestial...

Yo procuraba ayudar á mis hermanos de la Derecha con toda la fuerza de mi Voluntad.

. . . .

La lucha fué tremenda, horrible, desesperada, y hubo un momento en que creí que el Dragón de la Izquierda se acercaría mucho más al plano físico, y saturaría de maldades á todos los vivientes; pero, al fin, ante el influjo avasallador é invencible del Dragón de la Derecha, le ví, tras largo forcejeo, alejarse por entre las negruras sin fondo de la Magia Negra, perderse en ellas y desaparecer de la vista de los que le contemplábamos sin temor.

Oí después una dulcísima y arrobadora voz que dijo á mi oído interno:

«La Luz de la Verdad vence siempre, hijo mío, y para ello hay que purificar el corazón y tender á aligerar cuanto se pueda el pesado Karma que al mundo agobia. Presta auxilio, pues, á los pocos brazos vigorosos que impedirán al poder infernal obtener victoria completa en la lucha que se avecina, y dí á los hermanos que obrando así, formarán parte de la Fraternidad que lleva consigo un trabajo terrible y doloroso, pero que es también inagotable manantial de delicias sin fin.»

. . . .

Algo más dijo la voz, pero me vedó revelarlo. Cumplo lo que á Ella prometí.

. . . .

Procura estar en Ellos, en vosotros y en TODO, vuestro h.

JOHN FRIAR, M. S. T.

La Habitación del Barón.

Lo que hacéis es indigno, Mr. Digby — dijo la Srta. Van Renslaar de Nueva York. — Deseo enterarme de todo lo concerniente á vuestras instituciones, y me negáis una introducción al fantasma de vuestra familia.

— Srta. Van Renslaar — replicó su huésped; — pedidme cualquier otra cosa y es vuestra.

— ¿No queréis?

— Siento mucho usar una frase semejante con una señora. No, no quiero.

Era una tarde de Navidad, y unas cuantas personas hallábanse reunidas en el salón de fumar de Hensham House. Ahora bien; Hensham House había sido construída en el siglo xvi, y como todas las casas de campo debidamente constituídas, poseía una habitación frecuentada por duendes, en la cual la Srta. Van Renslaar quería pasar la noche. Como su huésped no cedía, dirigióse á su esposa.

— ¿No queréis persuadirlo, Sra. Digby?

— Témome que debo ayudarle, querida mía. Por supuesto, no hay nada de particular en la tal historia; pero después que la Sra. Lesley fué encontrada sin sentido en su habitación cuando su doncella fué á llamarla, no hemos vuelto á permitir que nadie duerma en ella.

La Srta. Van Renslaar suspiró hondamente; luego dando una alegre palmada exclamó:

— Aquí está el Coronel Vansittart; es un soldado inglés y un veterano. Tenéis que dejarle dormir en vuestra habitación de los duendes, Mr. Digby, para que nos refiera lo que vea.

Digby se echó á reir.

— Ciertamente — dijo; — Vansittart dormirá allí si así lo desea. No tengo miedo de que vea al fantasma.

—Muy bien—exclamó la Srta. Van Renslaar.—Oís, Coronel Vansittart; dormiréis al i esta noche, ¿no es eso?

El Coronel Vansittart sacudió la ceniza de su cigarro, y dió la siguiente sorprendente contestación:

- Siento mucho tener que negarme, Srta. Van Renslaar.

— ¿No queréis dormir en esa habitación? ¿Pero vos tenéis miedo al fantasma?

El Coronel Vansittart echó una mirada al circulo, y respondió deliberadamente: — Creo que si, Srta. Van Renslaar.

Sus oyentes se echaron á reir. Luego, al ver que la cara de su interlocutor permanecía muy seria, se miraron unos á otros y permanecieron silenciosos. Vansittart era un soldado duro y bronceado, entre cuarenta y cincuenta años, y había visto muchas fases de la vida en casi todos los países del mundo.

— ¿Seguramente que no creeréis en fantasmas, Coronel Vansittart? — dijo la Sra. Digby.

El Coronel se sonrió, y como no contestara inmediatamente, repitió aquélla la pregunta.

—No lo sé—contestó su convidado pausadamente;—no digo que creo en fantasmas, lo que digo es que una vez pasé una noche en una habitación de esas, y ningún poder humano me haría dormir en otro cuarto que tenga la misma reputación.

—¿Por qué no?

Vansittart hizo una pausa, y luego contestó lenta y gravemente:—Porque he visto mi parte de horrores; porque nunca he visto nada que pueda compararse á lo que allí presencié, y no quiero volverlo á ver.

Es la tarde de Navidad—dijo la Sra. Digby; una hora muy á propósito para cuentos de fantasmas. Contadnos lo que habéis visto.

Vansittart vacilaba en complacer aquel deseo. Un coro de ruegos se elevó. Reflexionó un momento, y por último dió principio, hablando lentamente y fijando la vista en el fuego.

—Era en el otoño de 18... Había pasado una temporada en París y trataba de regresar á Inglaterra, cuando me encontré con un conocido llamado Stanley. Habíamos estado juntos en Harrow, y no le había vuelto á ver desde los tiempos del colegio, y entonces era un chico raro y silencioso, impresionable y no muy fuerte. Era rico y nunca se había dedicado á ocupación alguna; parecía tener inclinación á vagar por el mundo tal como había hecho en la escuela. Fraternizamos como lo hacen los más estirados ingleses cuando se encuentran en el extranjero; me dijo que estaba de paso para Turena, adonde iba á ver algunas propiedades: unas viñas y una fábrica de vinos según creo, que pensaba comprar á su dueña, la viuda de un inglés. Me propuso que le acompañase, tanto porque la Turena es una de las comarcas más interesantes de Francia desde el punto de vista del anticuario, como porque yo había venido recientemente de California, y conocía algo sobre el cultivo de viñedos. Como no tenía nada de particular que hacer, acepté el proyecto y partimos juntos para Turena. La aldea á que nos dirigíamos no estaba lejos de Vouvray, y llegamos allí en una mañana del mes de Noviembre. Nos alojamos en una posada, y Stanley salió á ver á la persona que deseaba vender los viñedos. Le invitaron á comer con la familia aquella noche y aceptó; y una vez concluídos sus negocios, volvió á la posada por mí y salimos á dar una vuelta. Fuera de la aldea vimos una casa vieja, pintoresca y rara que evidentemente no estaba habitada; penetramos en su recinto y nos entreteníamos en explorarlo, cuando una voz detrás de nosotros nos preguntó políticamente si habíamos venido con la intención de

tomar la casa, la cual se alquilaba. Nos volvimos y percibimos un anciano, quien evidentemente era un jardinero ó encargado; le explicamos lo que había, y le preguntamos quién era el dueño de la casa.

— Mr. le Barón de. . . — dijo. — Pero Mr. le Barón no ha vivido aquí; nunca ha habitado la casa después que heredó la finca, y á Mad. la Baronne no le gustaba.

— Eso es extraño — observé yo por decir algo — pues la casa tiene una situación encantadora.

El anciano hizo un gesto y movió misteriosamente la cabeza.

— Quizás — dijo — no es tan extraño como el señor cree; un Barón de. . . anterior, murió allí en aquella habitación — y señaló á una ventana del primer piso. — Murió por su propia mano, señor, y aunque el buen padre cura ha bendecido el lugar, ha sido en vano. La habitación es espantosa, señor. ¡Ah, es terrible!

— Frecuentada por duendes — exclamó Stanley. — Parece increíble cómo persisten tales creencias. Una hermosa casa antigua vacía, y todo á causa de una superstición de chiquillos.

Hablaba en inglés, y luego, dirigiéndose al hombre, le preguntó por el suceso.

El viejo no era hombre que se hacía de rogar. La casa — dijo — era antigua, y como podíamos ver, extremadamente hermosa. El viejo Barón, que había sido de un modo notorio un mal vividor, se había suicidado cortándose la garganta. Esto había sucedido hacía unos doscientos años, y desde aquel tiempo, la casa, ó más bien aquella habitación especial, había sido inhabitable. Cuatro personas, que él recordase, habían velado en ella; una había muerto en un delirio rabioso; otra fué encontrada muerta de apoplegía en la habitación; un tercero estaba actualmente en una casa de locos de Tours, y el cuarto había seguido el mal ejemplo del Barón, y se había quitado la vida cortándose la garganta con un cuchillo perteneciente á unos trofeos indios colgados en la pared. Relacionado con este último caso, había habido una circunstancia que era inexplicable: el cuchillo con que se ejecutó el suicidio se encontró á considerable distancia del cadáver, que yacía en una cama al extremo de la habitación, con la cara ligeramente contraída y los miembros aparentemente colocados con cuidado.

A pesar de las detalladas pruebas en que el narrador apoyaba su historia, nosotros nos sentíamos dispuestos á reirnos de todo ello. Stanley,

especialmente, parecía divertido, y él fué quien propuso que pasáramos la noche en la habitación de los duendes. Siempre había tenido—me dijo—un gran interés en estas manifestaciones de la credulidad humana. Por mi parte no sentía gran atracción por estas cosas, pero, sin embargo, me hallaba dispuesto á aceptar el proyecto por la broma que encerraba.

El anciano parecía sinceramente aterrorizado de nuestra idea. Al principio se negó rotundamente á permitir el experimento, y sólo cuando después de repetidos ruegos, le ofreció Stanley una buena propina, consintió de muy mala gana, declarando aún entonces que nuestra sangre cayera sobre nuestras cabezas, y que por su parte se lavaba absolutamente las manos respecto de las consecuencias. Le dejamos haciéndose cruces y rogando á todos los santos, y nos volvimos á la posada. Stanley se fué á comer con la viuda y el hijo del último propietario de los viñedos y de la fábrica de vinos, mientras yo lo hacía solo en la posada; escribí luego un par de cartas y marché en busca de Stanley, como estaba convenido.

La ventana de la casa daba al camino que conducía al castillo de los duendes, y al llegar á ella, ví á Stanley que me esperaba fuera de la verja. Estaba de pie, completamente inmóvil, y su cara, iluminada por la luna, me pareció más pálida que de costumbre, y sus ojos extraños y vidriosos.

—¡Ya estáis ahí! —dije. —¿Estáis pronto á mediros con Mr. le Barón?

—Sí —dijo después de una ligera pausa; —estoy pronto.

Pensé que también su voz parecía extraña: sonaba ahogada y hueca. Lo miré y no pude menos de sentirme algún tanto impresionado. ¿Por qué se había vuelto él tan repentinamente nervioso, y por qué parecía tener mucha menos confianza que antes?

Me puse á silbar suavemente mientras caminábamos; él guardaba silencio y su cara se tornaba más y más extraña y espantada. Algunas veces andaba á mi lado, otras delante de mí, pero nunca se quedaba atrás. Gradualmente, á medida que avanzábamos, yo también empecé á sentirme nervioso de un modo desagradable; el sentimiento de alguna presencia horrible se me imponía; era una locura, y sin embargo, era una sensación que no me era posible rechazar. Sentía una debilidad física intensa tal como jamás la he experimentado; era una sensación como si algún poder invisible me estuviese haciendo una espantosa extracción de vitalidad.

Por último llegamos al castillo y allí nos esperaba el anciano, el cual empezó á rogarnos, aun hasta este último momento, que abandonásemos nuestra empresa.

Yo hubiera vacilado, pero Stanley, rechazando su abatimiento, insistió con una hilaridad que tenía algo de horripilante, en entrar en la casa. Comprendiendo en seguida que todas sus protestas eran inútiles, el anciano cayó en un triste silencio, y de muy mala gana nos condujo á la habitación de los duendes, la cual vimos que era grande, sólidamente amueblada y sus paredes cubiertas de tapices que se inflaban y agitaban horriblemente con la corriente de aire, pues era una noche de viento, como impulsados por alguna forma oculta ó espectral.

La habitación estaba bastante bien alumbrada, pero los rincones eran sombríos, y en ellos había armaduras completas; y una y otra vez cruzó por mi imaginación la ridícula idea de que aquellas viseras cerradas de los cascos podrían ocultar cabezas de esqueletos, de gesto horrible, ó caras lívidas de muertos. Allí había sillas, una mesa, una cama, un secretaire de china; y los cuchillos y trofeos indios de que habíamos oído hablar, se hallaban colgados en la pared. La pared del fondo de la habitación estaba casi toda cubierta con un enorme y empolvado espejo, y frente al mismo estaba el sillón en que el Barón había muerto, y en el cual se decía que se aparecía aún, para repetir su terrible acto.

El anciano nos dejó. Yo cerré la puerta, examiné la habitación y encendí otra luz.

— Ea — dije en tono que me esforcé en hacer alegre — ya estamos prontos para recibirle, ¿eh?

— Sí — dijo Stanley; — pero observé que hablaba con voz extraña y farfullada, y comenzó á pasear de un lado á otro de la habitación. Principié seriamente á temer los efectos del terror en el cerebro y sistema nervioso de este hombre; pues aunque era un miedo absurdo, sin embargo, podía ocasionar resultados desastrosos.

— Mirad, Stanley — dije — yo no estoy muy á gusto en este sitio, así, si tampoco estáis vos contento, lo mejor es marcharnos.

No me contestó, sino cesó de pasear y se quedó mirando fijamente en el espejo, como si estuviera observando algo. La cosa se volvía decididamente horrible, y mis nervios estaban en tal excitación, que cuando una vez un ratón dió un chillido y salió escapado á través de la habitación, me hizo verdaderamente dar un salto de espanto. De nuevo sentí la impresión de

horror de alguna presencia espantosa invisible, y á la vez la misma extracción de vitalidad física que antes. Indudablemente había algo en el cuarto que trataba de absorber mi vida, y con toda la fuerza que me quedaba, puse mi voluntad en contra de la de aquella presencia diabólica invisible, y sin embargo, palpable, y gradualmente sentí que la extracción se aminoraba; cesé de esforzarme tanto y pude respirar con libertad nuevamente.

Miré á Stanley, y la expresión deprimida y chupada de su cara me llenó de horror. Su voz no era más que un ténue murmullo cuando me contestaba.

De repente empezó á examinar los trofeos de la pared. Descolgó uno de los cuchillos que empuñó de un modo convulsivo, y lo miró con ansiedad. Luego se deslizó de sus manos y cayó sobre la mesa, y nuevamente principió Stanley aquel pasear agitado, sin reposo, anormal, de un lado á otro, como un tigre aprisionado, lanzándose arriba y abajo en su jaula.

—Por Dios vivo, hombre —exclamé con impaciencia; —sentáos y hablad como un ser racional.

Volvió su cara pálida y sus ojos relucientes hacia mí, y continuó su paseo. Dieron las once y media, luego las doce menos cuarto.

—La hora del Barón está cercana —dije tratando de reir.

Stanley se rió también. Si podéis imaginaros la risa de un muerto galvanizado por un momento en una horrible apariencia de vida por algún demonio, podréis quizás formaros una idea de lo que parecía esta risa espantosa. Me estremecí á pesar mío, y con el miedo irresistible que empezó á invadirme, volví á sentir aquella tremenda extracción de mi vitalidad que había experimentado ya por dos veces. Jamás había sentido hasta entonces, ni he vuelto á sentir cosa semejante; y la sensación de terror irresistible que traía consigo parecía aminorar mi poder de resistencia. El reloj del castillo principió á dar la media noche.

Stanley dió tres largos pasos y se sentó en la silla del suicida, cerca de la mesa, sobre la cual había caído el cuchillo. Sentí una especie de desvanecimiento de horror; dí un salto hacia él, y de pie detrás del sillón, le cogí por los hombros:

—¡Gran Dios, Stanley —grité —levantáos: esta es la silla del fantasma, y la hora ha sonado!

Su mano se dirigió á la mesa. Una ráfaga de viento, zumbando alre-

dolor de la casa, agitó el tapiz cerca del espejo, y al levantar involuntariamente la vista — aquí la voz de Vansittart se tornó ronca de horror — mis ojos se fijaron en el espejo, en el cual ví reflejada toda la habitación con sus muebles. Ví mi propia imágen con las manos agarrando la figura en el sillón. Ví lo que agarraba, y os juro que lo que yo sujetaba no era Stanley. Era un hombre vestido á la moda del siglo XVII. Tenía en la mano el cuchillo indio que había cogido de sobre la mesa, y lo pasaba á través de su garganta cortada y horrible. Su cara jamás la había yo visto antes, descolorida, espantosa, con ojos muertos, inmóviles, y una boca con una mueca horrible, que se reía de mí con una apariencia de vida maligna y burlona. Aquel ente estaba sentado, tieso en la silla, dándose tajos en la garganta, de la cual corría la sangre á torrentes. Ante espectáculo tan horroroso, apenas tuve tiempo de darme cuenta de mi posición: estaba solo con este compañero monstruoso; el amigo con que contaba al emprender esta aventura, no sólo me había dejado en el atolladero, sino que de un modo inexplicable se había transformado en aquella cosa horrenda; caí al suelo sin sentido.

Cuando recobré el conocimiento, ví al viejo jardinero y á otros dos hombres más jóvenes á mi lado. El sol brillaba, y la puerta, que había sido forzada, yacía rota en el suelo. Me levanté haciendo un esfuerzo, y eché una mirada de espanto en torno mío. El cuchillo estaba en el suelo con la hoja manchada de sangre, pero no se veía ninguna otra mancha y los horrores de aquella noche habían desaparecido. Principié á hacer preguntas á aquellos hombres, quienes me declararon que habían encontrado la puerta cerrada, y siendo las ventanas demasido estrechas para permitirles la entrada, habían forzado la puerta y me habían encontrado sin sentido.

— ¿En dónde está el otro caballero? — pregunté.

— El otro caballero no estaba aquí — me contestaron.

— ¿Estaba la puerta cerrada? ¿Estaba la llave por dentro?

— Sí, la llave estaba por dentro.

Evidentemente, tal como la había yo dejado por la noche. Los cabellos se me erizaron literalmente. Me marché á la posada, pero Stanley no había vuelto; en su lugar me encontré una carta del hijo de la señora con quien él había comido. Me decía que á mi amigo le había dado un ataque repentino de debilidad y mareo, que había durado tanto, que por consejo del doctor había pasado la noche en su casa. Inmediatamente marché

casa de la viuda, y su hijo vino á mi encuentro nervioso y excitado. Me dijo que Stanley había sido llevado arriba con dificultad, y que después, como parecía estar mejor, le dejaron solo.

Le oyeron cerrar la puerta, y cuando se habían ido á acostar, á las diez, oyeron su respiración fuerte y pausada. Por la mañana no habían podido hacerse oir de él y principiaban á estar muy inquietos, y precisamente estaban considerando si no sería prudente forzar la puerta.

Había sido á las diez y media cuando me encontré con aquella apariencia de Stanley por fuera de la verja, y ahora, al acompañar al joven á la puerta de la habitación, sentía de antemano intuitivamente una certeza horrible de lo que iba á presenciar. Estaba cerrada, como él había dicho, y no obtuvimos contestación á nuestras repetidas llamadas: así, pues, forzamos la puerta. Stanley estaba en la cama. Yacía completamente inmóvil, y la ropa de la cama no denotaba desorden alguno.

Su cara, con los ojos ligeramente abiertos, era como una máscara de cera amarilla: todo el color había huído de ella juntamente con lo que manchaba la blancura de la sábana y formaba coágulos en la alfombra que cubría el suelo. A través de la garganta se veía una herida terrible. El joven que me acompañaba dió un grito de horror y espanto. Seguidamente empezó á buscar, aunque inútilmente, el arma que había servido para perpetrar el horrible acto; pero no le ayudé en sus pesquisas porque sabía que no la encontraría, yo estaba seguro: sabía que colgaba con las demás curiosidades indias de la pared de la Habitación del Barón.

Ivi HOOPER.



Movimiento Teosófico.

SECCIÓN EUROPEA

El fondo creado en esta Sección para socorrer á las víctimas del hambre en la India, alcanza hasta ahora la suma de £ 260 próximamente.

Mrs. Besant llegó á Londres muy tarde, el domingo 7 de Marzo, desembarcando en Plymauth en vez de hacerlo en Brindisi, y continuar su viaje por tierra como tenía pensado. Esto fué debido á la severidad de los reglamentos referentes á la cuarentena en vigor en Brindisi, lo cual causó el retraso de una semana; de suerte que no le fué posible alcanzar el vapor que salía para América el domingo por la tarde. Se embarcó en el próximo vapor, habiendo pasado en Londres solo muy pocos días. Siguen teniendo

lugar en Londres las conferencias semanales con muy lisonjero resultado.

Habiendo llegado Annie Besant con retraso, la conferencia que había de dar nuestra hermana el 4 de Marzo en la «Blavatsky Lodge», hubo de suspenderse, haciendo uso de la palabra en su lugar Mr. Leadbeater, que trató del interesante asunto: «Los Anales Âkâshicos».

Acaba de constituirse en Roma una nueva Rama, de la que es Presidente Mr. A. C. Lloyd. Recientemente ha ingresado un gran número de miembros, y confiamos en que pronto dará esta Rama señales de gran actividad.

Las noticias de Francia son satisfactorias, pues revelan una creciente actividad en este país. El Dr. Pascal continúa trabajando mucho y bien, así como su colega Mr. Courmes, en París. La Rama de París celebró su reunión anual en Febrero, siendo reelegidos: Presidente, Mr. Gillard; Secretario, Mr. Renard, y Tesorera, Mme. Brunnarius.

NUEVA ZELANDIA

La primera Convención anual de la Sección de Nueva Zelandia, que tuvo lugar en Wellington los días 2 y 3 de Enero, fué un señalado éxito. Asistieron los Delegados de Auckland, Waitemata, Wellington Christchurch y Dunedin, así como los Delegados de la Rama Wanganu, recientemente constituída.

El hecho de ser unánimemente votadas todas las resoluciones presentadas, revela una gran corriente de unidad en las deliberaciones.

SECCION AMERICANA

Muchas son las esperanzas que respecto á esta Sección abrigamos para el porvenir; pues aunque lentamente, se va reponiendo del rudo golpe sufrido dos años atrás, siendo continuos los progresos alcanzados hasta ahora.

No cabe duda que la presente actividad es debida á los incesantes esfuerzos de la Condesa de Wachtmeister, cuyo talento organizador se ha revelado en los muchos puntos de América visitados por ella. La Condesa acompañará á Annie Besant en su viaje. Las Memorias recibidas de las diferentes Ramas, son en extremo satisfactorias.

SECCION INDIA

Trátase de crear una Federación de las Ramas de la Sociedad en la Presidencia de Madras, bastante parecida á las organizaciones existentes en Inglaterra.

Una circular ha sido enviada á los miembros de la Sección india, en la que se propone que tenga lugar un *meeting* en Kumbakonam durante las fiestas del Mahâmagam. Probable es que se organicen *meetings* regulares, y se adopte algún proyecto que tienda á estrechar los lazos ya existentes entre las distintas Ramas.

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27, Madrid.

REVISTAS RECIBIDAS DURANTE EL MES ÚLTIMO

Lucifer. — Hemos recibido el núm. 115 del vol. XX de esta revista, publicada en Londres, cuyo sumario es sumamente interesante.

Methaphysische Rundschau. — Interesante revista de Jehlendorf, dedicada al estudio de la Metafísica, Psicología, Filosofía Oriental y Ocultismo.

Mercuri. — Revista mensual, publicada en San Francisco de California. Contiene artículos tales, como *La Misión de la Teosofía, La Oración Modelo* y otros no menos interesantes.

Theosophia. — Esta revista continúa la publicación del *Bhagavad Gîtâ* y *Cartas que me han ayudado.*

También se han recibido: *The Theosophist*, de Madras; *The Theosophical News*, de Boston; *The Maha Bodhi Society*, de Calcuta; *L'Isis Moderne*, de París; *Nova Lux*, de Roma; *The Vâhan*, de Londres; *Le Lotus Bleu*, de París, y *The Thinker*, de Madras.

Revistas filosóficas: *Sbornik pro Filosofii Mystiku a Okhultismus*, de Praga; *Modern Astrology*, de Londres; *La Lumiere*, de París; *Il Vessillo Spiritista*, de Vercelli; *Le Phare de Normandie*, de Rouen; *Archivos de Gineopatía Obstetricia y Pediatría*, de Barcelona; *La Thérapeutique integrale*, de París; *La Constancia*, de Buenos Aires; *Revista Spirita*, de Bahía; *La Estrella Polar*, de Mahón; *La Vie d'Outre-Tombe*, de Charleroi; *La Unión Espiritista*, de Barcelona; *La Irradiación*, de Madrid; *La Nuovissima Antologia Italiana*, de Nápoles; *El Altruismo*, de Gibraltar; *La Campana del Mattino*, de Nápoles; *Revista de Estudios Psicológicos*, de Barcelona; *Ateneo Italiano*, de Roma; *A Luz*, Lisboa; *La Juventud Hondureña*, de Tegucigalpa, y *El Heraldo*, de Figueras.

Revistas de enseñanza: *El Mortero*, de Madrid; *El Censor*, de Almería; *La Idea*, de Tarragona; *Revista de Primera Enseñanza*, de Cádiz; *El Profesorado*, de Granada; *El Magisterio Cordobés; El Auxiliar*, de Santa Cruz de Tenerife (Canarias), y *La Escuela Práctica*, de Ciudadela de Menorca.

También hemos recibido los periódicos: *El Voto del Pueblo*, de Valencia (Venezuela); *Asociación Rural*, del Uruguay; *El Pueblo*, de Cádiz; *La Tracción Ferroviaria*, de San Martín de Provensals; *El Defensor del Trabajo*, de Linares; *El Fomento*, de Salamanca; *El Africa*, de Ceuta; *El Socialista*, de Madrid; *La Marsellesa de Huelva; La Aurora do Cavado*, de Barcellos; *El Dependiente de Comercio*, de Barcelona; *El Boletín Musical*, de Madrid; *El Censor Democrático*, de Manzanares; *La Antorcha Valentina; La Unión Republicana*, de Oviedo; *La Provincia*, de Ciudad Real; *El Correo Católico*, de Cuenca; *El Francolí*, de Tarragona; *La Tempestad*, de Segovia; *El Aviso*, de Sevilla; *El Curial Español*, de Madrid; *La Democracia*, de Buenos Aires; *El Trabajo Nacional*, de Barcelona; *The Wealth of India*, de Calcuta; *Revista del Ateneo Obrero de Barcelona; El Comentarista*, de Zamora; *El Pueblo*, de Ciudadela de Menorca; *El Socialismo Monárquico*, de Sevilla; *La Correspondencia de Alicante; El Fénix Mercantil*, de Barcelona; *El Eco del Guadalope*, de Alcañiz; *La Voz de Sitges; La Opinión de Villaviciosa*, de Oviedo; *El Adalid*, de Cazalla de la Sierra; *El Puerto de Santa María*, de Cádiz; *El Eco de Hellín; La Opinión Astigitana*, de Ecija; *El Accitano*, de Guadix; *La Verdad*, de Algeciras; *El Porvenir*, de Algeciras; *The Venezuelan Herald*, de Caracas; *La Consecuencia*, de San Martín de Provensals; *El Ateneo*, de Igualada; *Lo Judicial y lo Justiciable*, de Madrid; *El Liberal*, de Caracas; *El Motín*, de Madrid, y *La República* y *El Tiempo*, de Caracas.

SOPHIA Revista Teosófica: Atocha, 127, duplicado, 3.° — MADRID.

LIBROS

Distancias de las estrellas, cometas, estrellas fugaces, bólidos, etc., por Camilo Flammarión.—Biblioteca de *La Irradiación*. Barrio de Doña Carlota, Madrid. — Precio: 25 céntimos.

La Biblioteca de *La Irradiación*, que se propone popularizar los estudios astronómicos, acaba de publicar este nuevo folleto, en el cual se dan á conocer las inmensas distancias á que se encuentran las estrellas, pues la más próxima, el *alfa del Centauro*, hállase de nosotros á diez billones de leguas, ó sea á 275 radios de la órbita terrestre.

También se describe en el opúsculo el origen de los cometas, bólidos, estrellas fugaces y uranolitos, leyes que los rigen y efectos que producen.

Ilustran el librito dos grabados: lo que nuestros antepasados veían en un cometa, y caída de un bólido en pleno día en medio del campo.

Quedamos muy agradecidos por la atención que tiene el Director de *La Irradiación* de enviarnos un ejemplar de las obras que edita.

Revistas Teosóficas.

The Theosophist. Publícase mensualmente en Adyar (India). Direcr, H. S. Olcott. — Precio de suscripción en Europa, una libra esterlina.

Lucifer (1). Publicación mensual, editada por A. Besant y G. R. S. Mead. — Precios de suscripción, 17 s. 6, 26, Charing Cross, London S. W.

Le Lotus Bleu. Revista mensual. Dr. Pascal y Dac. Librairie de l'Art Indépendant, 11, rue de la Chaussée-d'Antin, Paris. 12 fr.

The Buddhist. Publicación semanal, editado por A. E. Buultjens, B. A. — 61. Maliban Street Colombo año 10 shillings (Ceilán).

Teosofisk Tidskrift. Revista mensual, editada por el Barón Victor Pfeiff, y publicada por Loostrom & Co. Stockolm.

The Vâhan. Revista mensual, editada por G. R. S. Mead. 19, Avenue Road, Londres, N. W.

The Prasnottara. Revista mensual, editada por Bertram Keightley, M. A. Benares.

Theosophía.—Revista mensual. Amsteldijk, 34. — Amsterdam.

Mercury. — Revista mensual editada por William John Walters, Palace Hotel, San Francisco de California. Precio: 50 centavos al año.

The Theosophic Gleaner. Bombay.

Journal of the Mahâ-bodhi Society. Mensual. Mahâ-bodhi Society, 2, Creek Raw, Calcutta, año 4 s

(1) «Lucifer no es ningún título Satánico ni profano. Es el latín *Luciferus* el que ilumina, la estrella matutina, y era un nombre Cristiano en los tiempos primitivos, llevado por uno de los Papas. Adquirió su asociación actual únicamente gracias al apóstrofe de Isaías: Cómo has caído de los Cielos. ¡Oh, Lucifer, hijo de la mañana! De aquí Milton tomó Lucifer como el título de su demonio del orgullo, y el nombre del puro y pálido heraldo de la luz del día se ha hecho odioso para los oídos Cristianos.»

«Yo, Jesús... soy la resplandeciente, la estrella matutina *(Lucifer)*.»

Véase 2.ª de Pedro I., 19, y Apocalipsis XXII, 16.